

AMARA CASTRO CID

Autora de *El tiempo suficiente*

CON ESTO  
Y UN BIZCOCHO



MAEVA

«Todo podía ser verdad o mentira, dependiendo de que uno se creyera las cosas verdaderamente o no.»

*Como agua para chocolate, Laura Esquivel*

LOS CAMPOS DE Castilla se le hicieron interminables. Nunca había deseado tanto llegar a casa y pisar descalza la moqueta de su cuarto. Mientras recorrían rectas infinitas, rodeados de lomas en distintos tonos de ocre, Mariana solo pensaba en estar en su habitación. No en la de su piso de Madrid, sino en la que seguía llamando «mi casa», la de Vigo, donde estaban sus raíces, sus dibujos de primaria y sus sábanas almidonadas. Juraría que se había pasado media vida en el hospital de La Paz, aunque el calendario dijese que había sido una semana. La peor de su vida: tres días llorando por Samuel y cuatro más sedada por los dolores de la pierna.

Su hermano Francisco, sentado en el asiento del copiloto, se giraba hacia atrás cada pocos kilómetros y se esforzaba por darle conversación, pero a ella solo le salían monosílabos. Adoraba a su hermano y le habría encantado hacer aquel viaje charlando animadamente con él, como cuando habían ido a Barcelona o como hacían cuando iban a ver a su hermana Pilar a Santiago de Compostela. Ahora era diferente. Estar dentro de un coche le provocaba un malestar asfixiante. Su pensamiento se alejaba hasta volver al Golf de Samuel, justo al instante anterior al punto de inflexión del resto de su vida. Veía detalles irrelevantes y aparentemente inofensivos surgidos como un bucle de fotos que se iban ampliando en su mente hasta ocuparlo todo: primero, las dos manos de Samuel en el volante, después, la misma imagen, pero solo con una, a continuación, el índice y el pulgar de la mano

derecha deslizándose por la pantalla de un móvil, entonces llegaba el fundido a negro, la oscuridad absoluta.

Sergio también iba muy callado al volante de su fiel Mercedes. Se debatía entre dar gracias porque su hija estaba viva o maldecir su suerte porque la vida la había hecho pasar por aquel trance tan duro. Además, iba preocupado cavilando cómo se las apañaría para que ella estuviese a gusto en Vigo. Le quedaban meses de rehabilitación por delante y Sergio sabía que «la niña» era feliz en Madrid mientras acababa las prácticas en aquel bufete tan importante, instalada en su pisito, con su libertad... ¿Qué le podía ofrecer él ahora más que su cariño y sus cuidados? ¡Ojalá estuviera Olga! Se consoló al darse cuenta de que su hija mayor, Pilar, estaba tan pendiente de Mariana como lo habría estado su madre. En esta ocasión había tenido que ser muy persuasivo para que Pilar regresase de Madrid a Galicia antes que ellos. Compró un billete de avión, solo de ida, nada más enterarse, y no se separó de la cama del hospital durante los primeros días. Pero estaba a punto de entregar su tesis doctoral y se le echaba el tiempo encima, por eso, a pesar de que era una mujer independiente, su padre había tenido que exigirle que volviera a Santiago. Con su hijo Enrique, su primogénito, había sido diferente. «Vete tranquilo, papá, yo me encargo de todo aquí: la casa, el bufete, *Spi*... Lo que necesitéis, me vais diciendo. Id con cuidado. Y en cuanto puedas, me llamas para contarme, por favor, estaré pendiente.»

A Mariana le dolía la pierna y ya no sabía cómo ponerla. Quería cerrar los ojos y dormir, pero había medianas por todas partes que no la dejaban pensar en otra cosa. Aquellos muros inofensivos que se suponía que salvaban vidas se habían llevado por delante a Samuel. Había pasado solo una semana, sí, pero la culpa hacía que pareciese una eternidad. Asomaba a su cabeza constantemente la misma frase: «Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa». La había repetido tantas veces a lo

largo de su vida sin saber lo que decía... y ahora cobraba sentido volviendo una y otra vez como un estribillo pegadizo. Era un peso demasiado grande para alguien tan joven. Era injusto. Hacía años que llevaba en la conciencia la carga del suicidio de Lázaro, ¿no era suficiente? Aquel peso por lo de Lázaro le había caído como una losa que acarrear en silencio. Era algo insoportable, pero íntimo. Ahora era diferente, porque lo sabía todo el mundo y le pesaban también las miradas de quienes comentaban: «No tuviste la culpa, Mariana, le puede pasar a cualquiera». Ella sabía bien que, a pesar de aquellas frases, en el fondo, no podían evitar juzgarla. Pero peor había sido escuchar tantos «¡Pobrecita!». Odiaba con todas sus fuerzas las miradas compasivas. Su madre también las había detestado siempre y por eso se esforzaba tanto por «tener buena pinta», como ella decía, aun cuando estaba tan mal; incluso cuando el último día reunió fuerzas para pedir que le pusiesen sus pendientes de perlas.

El cedé de Raphael entró en la pista seis y, en su dueto con Juanes, ambos repetían una y otra vez: «Volverte a ver es todo lo que quiero hacer». Mariana pensó en su madre, en Lázaro, en Samuel... No iba a volver a verlos. Nunca más. Se giró un poco en el asiento intentando ocultar las lágrimas que empezaban a rodar traicioneras por sus mejillas. Se las limpió disimuladamente con el dorso de una mano, pero Francisco no quitaba ojo del espejo retrovisor.

—Ya falta poco, Mariana. Dentro de nada llegamos a Vigo y, entre la fiesta que te va a hacer *Spi* y el achuchón que te dará Cecilia, ya verás, te vas a sentir mejor.

—Sí, seguro... También tengo ganas de ver el mar.

Eso fue lo último que fue capaz de decir durante el resto del viaje. Empezaba a anochecer y estaban entrando en el túnel de A Canda. A la salida, leyó el cartel verde: «Comunidad de Galicia». Como en un acto reflejo, suspiró profundamente. Se echó

por encima la chaqueta de su hermano y se acurrucó aún más. Cerró los ojos y fingió estar dormida hasta que, casi dos horas después, oyó el mecanismo del portón del jardín con ese ¡cla-cla, cla-cla!, que nunca hubo forma de arreglar.

## 2

MARIANA ESTABA PLANTADA en medio de la acera desierta, sentada encima de su maleta, cuando vio aproximarse el Golf de Samuel.

—Ya pensaba que me ibas a dejar tirada —dijo guiñándole un ojo.

—La verdad es que estuve a punto. ¡Menudas horitas para volar un domingo!

Samuel se arrepintió de la frase en el mismo segundo en que pronunciaba la última palabra. Ya la estaba pifiando otra vez. En momentos así pensaba que le habría gustado heredar el encanto de su padre. Trató de arreglarlo mientras guardaba el equipaje de Mariana en el maletero.

—Bueno, en realidad, lo que quería era que perdieses el avión.

—¿Perdona?! —se sorprendió ella.

—Sí, para que tuvieses que quedarte.

—¡Anda ya! Cuentista...

—Lo digo en serio. Pensé que, si no llegaba a tiempo de llevarte, podríamos pasar el domingo en una barquita del Retiro, como los guiris —intentó aclarar Samuel.

—¿Sí? Pues vaya planazo, ¿no?

Él se acordó de lo mucho que le gustaba a su padre pasear por el Retiro. ¡Quién le iba a decir que añoraría aquellos paseos domingueros que tanto detestaba cuando era adolescente!

Mariana se dio cuenta enseguida de que le había cambiado el semblante.

—Venga, anda, sube. Si nos quedamos aquí de cháchara, aún pierdo el avión de verdad y mi jefe me mata.

Le faltaban unos días para terminar las prácticas en un prestigioso bufete en el que tenía grandes probabilidades de quedarse a trabajar. Suponía que eso de mandarla sola a una reunión con un cliente en Barcelona era la prueba definitiva. Pero no estaba nerviosa, tenía todo controlado, o eso creía.

Samuel encendió la radio. Pensó que la canción que sonaba en M80 no le podía pegar más a Mariana y sonrió cuando la escuchó tararear: «We all live in a yellow submarine...».

—¿Te gusta?

—Sí, me encanta —respondió—. Mi padre es superfán de los Beatles, aunque hace unos años que no hay manera de hacerle cambiar el cedé de Raphael en el coche.

—¡Uf! Menuda tortura...

—¡Ya ves! Aunque conste que hubo tiempos peores —añadió abrochándose el cinturón.

—¿En serio? —se interesó Samuel al tiempo que ponía el intermitente y la miraba de reojo.

—Una vez fuimos desde Vigo hasta Barcelona con la Jurado. Mi hermano Francisco y yo llegamos mareaditos perdidos de tanta ola.

Él volvió a sonreír. Así era ella, fresquita fresquita como el olor de su colonia Álvarez Gómez que invadía todo el coche. Había amanecido hacía poco, pero el sol ya empezaba a calentar. Samuel abrió ligeramente la ventanilla y los mechones que salían de la coleta de Mariana revolotearon rebeldes. Él hizo una foto mental. Quería guardar aquella imagen para siempre. ¡Qué pena no tener la cámara en las manos!

—Perdona —dijo cerrando la ventanilla, y puso el aire al mínimo para que no la molestase.

—Nada, nada, puedes abrir si quieres, no me importa. Hace calor, ¿no? —y siguió hablando de aquel viaje—: Y mira

que le suplicamos: «¡Por Dios, papá, cambia eso!». Pero nada, el tío ahí tan contento cantando: «Yo, te amo con la fuerza de los mares, yo...».

—¡Qué bueno!

—Y lo peor fue cuando entramos en Barcelona. Nosotros, rayadísimos ya, implorando que, por lo menos, pusiese a Julio Iglesias, imagínate lo desesperados que estábamos...

—¡Y tanto! ¡Julio Iglesias! —la interrumpió Samuel riendo.

—Pues va y nos pone otra vez la de la ola a todo volumen, baja las ventanillas y se pone a gritar: «Como una ola, tu amor llegó a mi vida...».

Se tronchaba con Mariana imitando a su padre. La vio bailar en el asiento simulando que conducía y le recordó a Silvia cuando salían de marcha. Se rio con ganas y pensó, algo desconcertado, que solo se reía así con sus amigos de toda la vida. Entonces, impulsado por tanta endorfina, en un arrebato de valentía, le preguntó:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

Mariana paró de hacer el tonto.

—No sé... —le dijo ella encogiendo los hombros—, yo soy muy amiga de Pati, de Vigo, de toda la vida, pero es que vivo en la otra punta de Madrid. No voy mucho por su piso. Normalmente quedamos por Malasaña y por ahí. Este finde, como la fiesta era en su casa, me quedé a dormir para ayudarla a preparar todo, a recoger... ¡No veas cómo quedó aquello!

—¡Ya! Recuerdo haber guardado un botellín vacío en un mueble del salón porque llegar hasta la basura era misión imposible con tanta gente. Me puedo imaginar el resto.

—¡Así que fuiste tú! ¡No fastidies! ¡Qué bueno!

Sacó su iPhone del bolso. Wasap Pati. «Misterio del botellín resuelto: Samuel. Je, je, je. Me debes 5 pavos.» Emoticono de carita con ojo guiñado y lengua fuera.

—Es que te juro que no se podía entrar en la cocina con tanta gente... —se explicó él—, y Raúl me estaba esperando para acercarme a Leganés.

—Pues que sepas que aposté cinco euros con Pati a que habías sido tú.

Wasap Pati. Emoticono coche. Emoticono aeropuerto. «Por cierto, gracias por conseguirme chófer cañón. ¿Seguro que no tiene novia?». Emoticono de carita sonriente ruborizada.

—¡Venga ya! ¿En serio? ¿Por qué pensaste que había sido yo? ¿¡Cinco euros!?! Me invitarás a una caña entonces, ¿no? —Se preguntó si eso también habría resultado grosero e intentó ser más simpático—. Es que Raúl y yo llevábamos toda la noche discutiendo porque él quería largarse. Que si venga, vamos, y yo, que si solo una más, que si yo me piro, y yo, que si la última... y ya cuando dijo «O vienes ahora o ahí te quedas», pensé en el dinero para el taxi, miré en mi bolsillo y encontré unas tristes monedas, levanté la vista y Raúl ya no estaba. ¡El cabrón se había pirado! Así que no me quedó más remedio que salir cagando leches. Le di el último trago a la cerveza, eso sí.

Se rieron al unísono.

—Perder al chófer, pasa, pero dejar una bebida a medias, ni hablar.

—Exacto. Calculé el tiempo que me llevaría entrar en la cocina, vi el mueble ahí a mi lado y el resto fue fácil: abrir puerta mueble, dejar botellín junto a libros, cerrar puerta mueble, salir pitando, alcanzar a Raúl, dar colleja, recibir puñetazo en brazo, subir coche, Leganés, abrir casa, ducha, pijama, cama.

Ella lo escuchaba con una sonrisa. ¡Menuda historia se estaba montando con nada!

—Me quedó pena de no haber hecho una foto del botellín —añadió Samuel—, allí puesto, tan desubicado, un primer plano con los libros de fondo y él allí abandonado.

—¡Me parto! ¡Mira!

Mariana sacó otra vez el móvil, pensando que era demasiada casualidad, ¿sería una señal del destino? Abrió la galería de fotos del iPhone.

—Aquí está tu foto.

—¡Hala! —quitó una mano del volante y amplió la imagen con el índice y el pulgar—. ¡Un poquito más de cerca y sería justo la foto que quería hacer! ¿Y eso?

—Es que la mandamos Pati y yo a La Placita, que es el grupo de wasap de la pandilla, para que vieses cómo había quedado todo. Esa imagen valía más que mil palabras.

—Claro. Y ahora contarás en La Placita esa que el de la cerveza fui yo.

—¡Buena idea!

Ya que tenía el móvil en la mano, abrió la cámara. ¡Clic!

—Muy guapo.

Se sintió afortunada por haber tenido la excusa perfecta para hacerle una foto.

—¡Oye, espera! Si es para mandarla a muchas chicas, déjame poner cara de interesante, al menos.

A Mariana le chifló ese gesto de arreglarse el pelo y volvió a pensar: «Este tío está cañón», como el viernes, cuando lo conoció en casa de Pati. Si algún día salían juntos, cosa que era bastante improbable porque él tendría una novia guapísima, ella le contaría a todo el mundo que lo suyo había sido amor a primera vista, uno de esos flechazos de las películas.

¡Clic!

—¿Así mejor?

Samuel volvió a soltar el volante para ampliar la foto. Fue una décima de segundo, nada, pero a la velocidad a la que iban, bastó para tragarse la mediana.

# 3

SERGIO RECOGIÓ LOS cuatro trozos del vaso que acababa de romper, los puso encima de la mesa blanca de la cocina y se sentó a despedirse de su vaso preferido. Fue un funeral sencillo, pero sentido. Acababa de amanecer y, por el enorme ventanal, la ría de Vigo se veía como un plato. El silencio que reinaba en casa le confirió al momento la solemnidad que deseaba. Metió los fragmentos pequeños en el grande, se levantó y se dirigió al cubo de la basura. Con mucho respeto, colocó el puzle de cristal en el interior y susurró:

—Gracias, vaso bueno.

Cuando se giró, se encontró con Cecilia, que estaba observándolo desde la puerta de su habitación, a la que se accedía por la cocina.

—Vaya, me ha pillado, Cecilia —dijo sonriendo.

Estaba avergonzado, como un niño pequeño cuando hace una trastada.

—Me despertó el ruido del vaso al caer —respondió ella mirándolo con ternura—. Tenga cuidado, señor, ¿no ve que está descalzo y puede haber cristales en el suelo?

—No, no, si recogí todos los trozos.

—Bueno, usted quédese ahí quieto y déjeme pasar una escoba.

A Sergio le pareció que estaba oyendo a su niñera, Angustias, y, como siempre, se entristeció al pensar que ella no había llegado a conocer a sus hijos, ¡con lo que los habría disfrutado!

Habría estado todo el día diciéndoles: «Cuidado con esto, cuidado con aquello...». Ni siquiera había conocido a su mujer, Olga. A menudo se preguntaba si se habrían encontrado en el cielo y si cuando le llegase a él su hora vendrían a buscarlo los dos. Le gustaba imaginar ese momento. San Pedro, lápiz y cuaderno en mano, pondría un símbolo de «visto» al lado de su nombre y le diría algo como: «Puedes pasar, Sergio, te están esperando». Entonces empezaría a recorrer el túnel blanco sin mirar atrás. Poco a poco vería al fondo dos siluetas acercándose a él. Olga delante y Angustias unos pasos más atrás. Quizá vendría también su perro, *Spi*, porque el pobre ya estaba muy viejito. Entonces, pletórico, él se abrazaría a Olga. Le acariciaría el pelo que perdió, su melena castaña y ondulada como la de su hija pequeña, Mariana. La besaría. Hundiría la nariz en su cuello para empaparse de su olor a colonia Álvarez Gómez. Después levantaría la mirada y vería a Angustias con los brazos abiertos, esperando también su abrazo.

—¡Listo! No hay mayor satisfacción que la del deber cumplido.

Cecilia, que había terminado de barrer, lo sacó de su ensimismamiento. Sergio se apoyó en la encimera de mármol blanco y cruzó los brazos con mucha calma.

—Mucho le gusta esa frase, Cecilia.

—¿Y tengo o no tengo razón? —preguntó señalándolo con el palo de la escoba.

—Bueno, el deber cumplido está muy bien, sí, pero también hay otras cosas en la vida, mujer.

—¡Ya! Pero y lo a gusto que se queda uno cuando hizo todo lo que tenía que hacer, ¿qué?

—¿Sabe qué pasa, Cecilia?

—Diga.

—Es que no quiero parecer cursi.

—Podrá parecer torpe, pero cursi no creo, la verdad. —Al ver la cara de sorpresa de Sergio, se quedó helada—. ¡Ay, usted

perdone por lo de torpe, señor, no quería decir eso! —añadió, tratando de enmendar la metedura de pata.

—No pasa nada, tranquila, mujer.

Lo de torpe ya lo tenía bastante asumido. Todo el mundo lo pensaba, aunque el único que se atrevía a decírselo era su hijo Francisco. Vio que Cecilia se había puesto como un tomate e intentó seguir con naturalidad:

—Lo que pasa es que en eso del deber cumplido no entra el amor, ¿no?

—El amor..., ¿cómo?

—Pues que yo creo que no hay mayor satisfacción que la de amar y sentirse amado —aclaró Sergio.

—Bueno, pues ahí ya no sé...

—La satisfacción del amor correspondido, Cecilia.

—Sí, puede ser...

—¿Cómo que puede ser? Piénselo usted bien y ya verá como acaba cambiando la frase.

—A lo mejor es que no tengo la suerte de saberlo porque lo de usted y la señora no es lo que le pasa a todo el mundo, claro.

—En eso lleva razón. Fuimos muy afortunados. Pero, por lo que cuenta, usted y su marido también se quieren mucho, ¿no?

—Bueno, desde que está embarcado ya es más fácil porque solo está aquí un par de meses al año y como no son seguidos... ¡Pero cuando estaba siempre en casa...!

Cecilia suspiró. No quería ni acordarse de aquellos tiempos. Poco después de casarse, a su marido lo habían echado de Citroën por una pelea con un compañero en la que ambos habían terminado en el hospital. El compañero, con una brecha en la ceja, y Manuel, con dos costillas rotas y en riesgo de perder la visión de un ojo como consecuencia de un puñetazo. Al día siguiente, ella ingresaba también en Urgencias con una hemorragia. Había perdido al bebé que esperaban ilusionados desde hacía ya varias semanas. Nada fue igual a partir de entonces. El

rencor se instaló en su habitación a media luz. La pasión se esfumó como por arte de magia y no quedó ni un resquicio de aquel deseo tan grande que hubo entre ellos desde el día que se conocieron en las fiestas de Vilaboa. Los siguientes meses fueron un infierno. Él postrado en la cama todo el día quejándose y dando órdenes, y ella llorando a escondidas por su bebé y preguntándose cómo podía dolerle tanto cuando todo el mundo le decía que no era nada, que, si total, ni lo había conocido y otras frases igual de terribles. A pesar de estar enfadada con Dios, nunca perdió la fe y rezaba y rezaba para que su marido se curase y para que le saliera un trabajo que lo sacase de casa. Él debió de escuchar sus oraciones. Manuel se embarcó en un atunero rumbo al mar del Norte y ella entró a trabajar en casa de los Nogueira una semana después.

—¿Le preparo el cafecito?

—No, deje, Cecilia, es muy temprano. Además, es domingo y me toca a mí. Aunque sea algo torpe, aún sé hacerme un café —añadió riendo.

—¡Ay! Usted perdone, si yo no quería decir eso...

Cecilia estaba volada. Volvió a ponerse roja. Después de tantos años sirviendo en aquella casa ya era como de la familia, pero nunca se le había escapado un comentario así. Se refugió en el mueble escobero simulando dificultad para guardar el recogedor. La risa de Sergio la animó a asomarse al exterior.

—Que no pasa nada, de verdad, Cecilia, mujer, si Francisco me lo dice siempre que puede...

El teléfono los sobresaltó a los dos de repente.

—A estas horas..., algún gracioso —comentó Sergio mientras se encaminaba hacia el aparato que estaba colgado en la pared, al lado de la puerta de la cocina.

Cecilia no pudo evitar pensar en lo peor: «Ánimas benditas del purgatorio, que no sea nada». Se quedó clavada mirando a Sergio con una mano en la puerta abierta del escobero.

—¿Mariana Nogueira? Sí, soy su padre... ¿¿Cómo dice?!

Se apoyó en la pared y, como un camaleón, empezó a ponerse del mismo blanco que el fondo.

—¿Puedo hablar con ella? ¿Está consciente? —logró añadir—: Entonces, dígame que estaré ahí lo antes posible.

# 4

LA HABITACIÓN DE Mariana era, sobre todo, acogedora. Además, Cecilia lo había dejado todo preparado para cuando llegara. La puerta del balcón que daba a la piscina estaba entreabierta y permitía que se colase suavemente una deliciosa brisa fresca con olor a mar. La cama estaba immaculada, con las sábanas almidonadas y la colcha blanca casi resplandeciente. El cabecero, tapizado con un estampado que simulaba bambú, estaba prácticamente cubierto por un montón de cuadrantes también blancos, como le gustaba a Mariana. A los pies de la cama, reposaba doblada la mantita verde y naranja de ganchillo, hecha por su hermana Pilar el invierno que la dejó su primer novio, cuando no hacía más que llorar y tejer, la pobre. Había hecho mantas de aquellas para media España, pero Mariana presumía de que la suya había sido la primera, la genuina. Como había mandado siempre Olga, Cecilia también había dejado las luces bajas encendidas: la de la mesilla de noche, la del escritorio y la lámpara de pie que estaba al lado de la orejera beis, donde tantos libros había devorado Mariana en su adolescencia. La moqueta verde musgo muy mullida le daba al suelo un aspecto acolchado espectacular.

Se paró en la puerta para descalzarse. Al verla hacer el ademán, Francisco se agachó enseguida para desatarle los cordones. Sonrió al fijarse en sus Reebok. A Mariana le daba igual que todas sus amigas hubiesen llevado Nike, New Balance o ahora Adidas. Ella seguía con sus Reebok, con el mismo modelo blanco de lengüeta azul marino y la banderita de Inglaterra en el lateral.

—Espera, anda, que puedo sola.

No le gustaba ni un pelo ese nuevo papel de «pobrecita» que le estaban dando.

—Si no me cuesta nada, mujer, déjate ayudar un poco...

—Mira, ya está.

Con un movimiento, se quitó la primera zapatilla y la lanzó al lado de la cama. Pero la segunda se le rebelaba.

—Deja que te ayude —insistió su hermano, que ya se había incorporado y le sujetaba un brazo.

—Que no, que no, dame tiempo.

No llegó a saber si fueron dos minutos o quince. Solo supo que había tardado algo más de lo normal y que se sentía cansada del esfuerzo. La pierna le dolía bastante, pero no le importaba porque se había descalzado sola, lo que suponía un gran triunfo.

Se olvidó del dolor en cuanto cruzó el umbral y pisó descalza su moqueta verde como si se tratase de un trozo de césped celestial. Aquello sí que era llegar a casa. Con parsimonia, disfrutando cada paso, se dirigió a la izquierda y se paró delante de su mesa de estudio. Ahí estaba el bote para lápices que había hecho para su madre cuando tenía once años. Era una lata de champiñones a la que le había pegado por fuera unos recortes de revista. Cogió el bote y lo giró lentamente observando cada elemento del *collage*: un cocodrilo de Lacoste, un trozo de la falda escocesa del príncipe Guillermo, un par de relojes Swatch, una piruleta con forma de corazón...

Francisco se quedó en la puerta con los brazos cruzados y las piernas ligeramente abiertas. Se dio cuenta de que parecía un portero de discoteca y se apoyó en el marco, simulando relajarse.

—¿Estás bien? —su instinto de hermano le ganó al «¡Déjala tranquila, hombre!», que le rondaba la cabeza.

Los médicos habían dicho que no usase las muletas si veía que no las necesitaba, pero que tuviese muchísimo cuidado porque una caída podía ser fatal. Y ella, claro, se había empeñado

en entrar en casa sin ellas. Mariana ladeó la cabeza y lo miró con cara de paciencia, como diciendo: «¿Otra vez, Pancho?». No tuvo que añadir nada. Su hermano salió de la habitación resignado a no ayudarla. ¡Deseaba tanto poder protegerla más! Sin embargo, no le quedaba más remedio que dejar que se lamiera las heridas ella sola. Se dirigió a buscar a su padre, que aún estaría metiendo el coche en el garaje y descargando las maletas. Necesitaba sentirse útil y seguro que a Sergio también le vendría bien un hombro en el que apoyarse.

Mariana se quedó sola y se dejó empapar por sus raíces, hasta que una sombra negra entrando en la habitación hizo que se girase justo a tiempo de agarrarse a la mesa y evitar que la derribara el poderoso rabo de *Spi*, que se movía desenfrenadamente. Aquello sí que era una fiesta de bienvenida en toda regla. Ella soltó una mano para acariciarlo, asegurándose de que la pierna permanecía bien protegida. El perro se sentó, como le habían enseñado, para recibir sus caricias, mirándola con los ojos entornados. El labrador negro había sido uno de los muchos regalos de Sergio a Olga. Se lo trajo cuando era un cachorro de pocos meses y ella acababa de ganar su segunda batalla contra el cáncer, la que entonces parecía definitiva.

—¡Pero, bueno! ¿tú cómo estás tan ágil? Si papá me dijo que estabas muy viejito...

En ese momento, dos cabezas se asomaron a la puerta.

—Y lo está, hija, créeme.

—Pues a juzgar por la fiesta que me acaba de hacer...

—Papá es un exagerado. Solo le cuesta un poco subirse al coche, nada más. Para la edad que tiene, está fantástico —dijo Francisco.

—Entonces está como yo —bromeó Sergio.

—Venga ya, Papá, no te hagas el anciano, que no cuela.

—Bueno, bueno, ya sabéis lo que dicen, que los años no pasan en balde.

—¿Y qué más darán los años si puedes subir andando desde el Náutico hasta la punta más alta del Castro?

—¡Ves! —replicó Sergio—. Para la edad que tengo, estoy fantástico.

Francisco y Mariana intercambiaron una mirada cómplice. Sergio siempre se salía con la suya.

Parecía más animada. Incluso había ganado algo de color en las mejillas. Se acercó a la cadena de música y puso la radio. En los Cuarenta Principales habían rescatado a Los Piratas del baúl de los recuerdos. Era una pena que Pilar no estuviese allí para escucharlos, ¡con lo que le gustaban! Por un momento, tuvo la sensación de que se había transportado en el tiempo al escuchar sus «Promesas que no valen nada». Recordó que a ella le había quedado una promesa incumplida. Una promesa que no podría cumplir nunca porque Lázaro también estaba muerto, como Samuel. Volvió a palidecer.

—Bueno, yo, si no os importa, creo que me voy a dormir. Es tarde y estoy bastante cansada.

—¿Estarás bien? ¿Quieres algo? —preguntó Francisco preocupado.

—No, no, vete a casa tranquilo. Papá y yo nos quedamos aquí la mar de bien, ¿a que sí, Papá?

—¡Hombre! Yo estoy aquí al lado. Y no olvides que abajo también está Cecilia. Bueno, y *Spi*, claro.

—Sí, tranquilos...

Abrió la cama para que entendiesen que era hora de retirarse.

—¿Te cierro la puerta? —preguntó Francisco.

—Sí, gracias. Gracias por todo.

—¡Hasta mañana, tonta!

—¡No le lames eso a «la niña»! —le regañó Sergio, ya en el pasillo.

—Es cariñoso, Papá.

—Es igual, no me gusta, ya lo sabes.